

ponerse en guardia contra los enemigos de su religion. Privado Haiti hacia muchos años de la jerarquía eclesiástica, el culto de Dios habia perdido gran parte de su decoro é importancia á los ojos del pueblo. Roma trataba de reparar todos estos males por medio de sus delegados; mas, volvemos á decirlo, estos no encontraron la proteccion que debian haber tenido los representantes del Pastor universal, no lograron los elementos indispensables para formar un pequeño seminario que prometiese al clero un personal conveniente para el porvenir, ni consiguieron tampoco realizar ciertos cambios que la religion y el pueblo pedian urgentemente. Los males han continuado y con ellos han ido desarrollándose la ignorancia, la corrupcion, el materialismo y una triste tendencia que conduce á muchos al cisma y á la apostasia.



### CAPÍTULO XXXIX

Acefalia de la parte española. — Ruina y destruccion completa. — Grandes males que trajo la dominacion africana. — Desaparicion de la jerarquía eclesiástica. — Supresion de los colegios. — Observacion en órden al clero. — Supresion de los conventos. — Tiranía que conducia á la barbarie. — La república dominicana. — Su porvenir.

El ejército frances habia abandonado casi completamente sus antiguas posesiones en Haiti, y los bravos africanos perseguian sus últimos restos hasta la ciudad de Santo Domingo, capital de la isla, cuando era esta uno de los bellos florones de la corona de los soberanos de Castilla. Cristophe, el supuesto rey de Artabonita, encuentra medios para aliarse con algunos españoles malcontentos, y un ejército de haitianos penetra la parte castellana de la grande Antilla. Los habitantes de la campaña huían á las poblaciones bajo la impresion del terror que aquellos bárbaros sembraban por todas partes; los campos eran talados, quemadas las sementeras de caña y de café, los grandes ingenios de azúcar des-

truidos hasta sus fundamentos, y las casas que los ricos propietarios de Santo Domingo habian construido con ingente gasto y halajado con gusto y magnificencia, entregadas al pillaje de soldados sin disciplina y sin moral. Los negros trabajadores de los campos, declarados libres por sus hermanos de Haití, corrian unos á engrosar las filas de los invasores, miéntras otros se desbandaban formando hordas de ladrones y de asesinos que arrasaban los lugares adonde no habian alcanzado los efectos de la devastacion. La ocupacion de Santo Domingo y la dominacion africana en toda la parte española se consumaron al fin, y con ellas la desastrosa época para la antigua metrópoli de las posesiones de Castilla en el Nuevo Mundo llegó tambien.

Los jefes que habian hecho la guerra al gobierno de Haití, al proclamar á sus tropas, declararon esclavos á todos los individuos que cayesen prisioneros, y concedieron su propiedad á quien los tomase, bien fuese en el combate, ó bien en la ocupacion de los pueblos que hubiesen hecho resistencia (1). Las represalias que ejecutó el ejército haitiano en Santo Domingo fueron mucho mas bárbaras y crueles todavia; donativos cuantiosos, empréstitos, contribuciones, confiscaciones y despojos de la propiedad; asesinatos, violencias y vejámenes humillantes y de mil género forman el compendio de aquellas en todos los lugares donde ondeó la bandera haitiana. Empero no están reducidos á estos todos los males que infligieron á los pueblos; ni se contentaron con haber sometido á su

(1) Decreto del general Ferrand á 6 de Enero de 1805.

dominacion toda la isla; trataron de humillar despues de eso la raza blanca, sumiéndola en la ignorancia y quitándole todos los medios de lucrar, ya arruinando la fortuna que gozaban algunos, ya persiguiendo á cuantos se hacian distinguir por sus conocimientos y por sus aptitudes.

La Iglesia fué la que soportó en Santo Domingo los primeros golpes del despotismo africano. La ausencia del metropolitano habia dejado el poder eclesiástico en manos del capitulo; este quedó disuelto, porque de los pocos individuos que lo componian los unos murieron y los otros dejaron el país. Los gobernantes no quisieron por entónces reconocer ninguna otra autoridad eclesiástica que la de cada párroco en su curato, lo que ponía las conciencias de los católicos en graves conflictos á cada momento. La iglesia de Santo Domingo era la mas antigua entre todas las del Nuevo Mundo y por consiguiente sus calamidades excitaban la compasion de todos los obispos, especialmente de los que presidian las diócesis vecinas. Los terribles conquistadores, despues de haber estampado su huella sangrienta en todos los pueblos, quisieron conocer tambien el estado de las rentas del clero é intervinieron directamente en la economia de las parroquias, nombrando consistorios de individuos seglares y de su misma raza, á cuya voluntad sometieron á los curas con estrecha dependencia. Pero esos consistorios, ¿qué iban á administrar cuando las contribuciones y los saqueos habian despojado completamente á los templos de sus halajas y ricos paramentos? En ciertos lugares, ni los vasos sagrados habian sido perdonados, y en otros, para disimular el valor cuantioso de los efectos saqueados, se habia

pegado fuego al templo y dicho despues que las llamas habian consumido sus riquezas. De esta manera nada encontraron los consistorios que administrar, ni nada que hacer sus miembros fuera del triste empleo de palpar por sí mismos y á cada instante los males fisicos unidos á los males morales que empeoraban cada dia la iglesia dominicana, reduciendo á la miseria y á la nada la mas antigua de las diócesis de América.

Desde el tiempo en que Colon, el hijo del ilustre descubridor del Nuevo Mundo, representando los derechos de su padre gobernó las colonias españolas de las Antillas, existian en Santo Domingo universidad y colegios para la instruccion de los jóvenes. Aquella fué la primera que fundó en las Indias la munificencia de los reyes católicos y la que en lo sucesivo sirvió de norma para el establecimiento de las que se instituyeron en Méjico, Lima y Bogotá, y en los colegios se echaron las primeras semillas que habian de producir los copiosos frutos que las ciencias han recogido en América durante tres siglos. Y no fueron solamente los vecinos de la capital de la isla los que aprovecharon estos medios de educacion que ofrecian á su juventud los colegios y universidad, sino tambien las colonias inmediatas y las islas vecinas.

Los seminarios eclesiásticos jamas tuvieron en aquellos lugares una existencia brillante, por ardiente que fuese el celo de los prelados que los promovieron. Sea porque el número de eclesiásticos venido de Europa anualmente llenase las necesidades espirituales de aquellas iglesias, ó sea porque creyeron entónces muchos « que los nacidos en las Antillas no tenian vocacion para

el clericato (1), » lo cierto es que los seminarios eclesiásticos fundados en aquellas primeras catedrales no correspondieron á los piadosos designios de sus institutores. Mas por débil que fuera el servicio que prestasen, estando en pié y capaces de recibir mejoras infinitas, habrian sido hoy inmensamente útiles á la Iglesia; pues á pesar que de continuo llegan á Santo Domingo sacerdotes de Europa y de diferentes puntos de las Antillas, por lo general no son de aquellos que requiere la situacion de la diócesis y que pudieran satisfacer las necesidades de sus fieles. Sacerdotes formados con relacion á las exigencias de la Iglesia que están destinados á socorrer, y educados en la sana doctrina y moral severa son los que se necesitan y los mismos que habrian sido fruto de aquellos seminarios que sucumbieron bajo los trastornos de la conquista africana.

Tambien sucumbieron entónces las comunidades religiosas que, establecidas desde la época del descubrimiento de la América, fueron en Haiti, en las Antillas y en la América toda los auxiliares mas poderosos para la civilizacion de los indígenas. Santo Domingo conservaba en sus conventos recuerdos interesantísimos de su primera época. Un religioso, vestido de su mortaja humilde y desde el rincon de su celda, gobernó las florecientes colonias de la corona de Castilla; mientras que otro desempeñaba la alta mision de visitar los tribunales de justicia, y de cuidar que á ningun vasallo del rey católico se defraudasen los derechos de esta. De sus

(1) Esta asercion errónea la encontramos en diferentes escritores de aquella época.

claustros partian para Méjico, Yucatan, Venezuela y Nueva Granada numerosas partidas de esos soldados pacíficos que iban no á conquistar el poder, no á esclavizar los hombres, ni á posesionarse de territorios que por ningun título les pertenecian, sino á ilustrar al ser racional con el conocimiento de una fe que le ennoblece dándole ideas de su grande y eterno porvenir y á rescatarle de la mas torpe y humillante de las cadenas, la de los vicios; en esos claustros, en fin, acordaron los celosos predicadores de la doctrina de Jesucristo su plan de conducta para contener los vergonzosos excesos que cometian contra los indígenas los conquistadores desapiadados. ¡Cuántos y cuán venerandos recuerdos todos estos! ¡Cuántos servicios á la gran causa del género humano se encierran en cada uno de esos sucesos! Mas los hombres que presidian los destinos de Haití é invadian á mano armada la posesion de Santo Domingo, no conocian otro bien que el dinero, ni existia para ellos mas progreso que aquel que hacian sus armas en un territorio que llamaban enemigo y querian arruinar á todo trance.

Una guerra semejante es la mayor calamidad que puede existir para un pueblo, y el territorio español de Haití devastado, destituido de todos los elementos que pudieran ilustrar á sus habitantes y con sus fuentes de riqueza aniquiladas, bien claro nos lo manifiesta. Si la dominacion de la raza africana hubiese durado mas tiempo en Santo Domingo, los habitantes de este que no poseyeran medios para emigrar, habrian caído en la barbarie y sus hijos serian tan bárbaros como los primitivos pobladores del Cibao y de los otros territorios de

la Española. A ese estado los conducia la conquista de la raza africana y ni podia convenir otro diferente á los intereses de esta.

Mas plugo á la divina Providencia alzar la mano con que castigaba quizá los extravíos de los pueblos, que mas de una vez parecieron olvidarse de que su profesion de cristianos les obligaba á guardar costumbres arregladas; plugo, decimos, librar á Santo Domingo de los molestos señores que lo tiranizaban y volver á la raza española su independencia y sus instituciones. Entónces, proclamada la república dominicana por los mismos que contribuyeron á emanciparla de los haitianos, los hombres religiosos volvieron sus ojos hácia Roma, le hicieron oír los gemidos de una existencia lacerada por crueles plagas, y esa madre de todos los fieles se apresuró á enviar obispos que reparasen los inmensos males que la fe habia sufrido en un largo periodo de combates, persecuciones, opresion y tiranía. Verdad es que estos pueblos viven siempre amagados por aquel enemigo peligroso; hemos visto no há mucho al emperador Solouque (Faustino I<sup>o</sup>) (1), que á la cabeza de un ejército numeroso se proponia invadir el territorio de la república dominicana; la victoria no coronó sus empresas; mas por otra parte los partidos y la guerra civil, que con frecuencia despedazan á aquella, presentarán mil circunstancias favorables al conquistador que pretenda restablecer el yugo africano sobre la raza europea. Si los negocios políticos no se arreglan en el territorio de esta,

(1) Año de 1857.

si el gobierno no se afianza sobre bases sólidas, si los partidos no hacen sacrificios, triste es decirlo, pero los antecedentes no nos permiten dudar, la república dominicana sucumbirá al fin bajo los golpes de la raza africana mas numerosa y mas aguerrida.

Mientras tanto, los obispos que nombró Roma han muerto, seminarios no existen, las comunidades religiosas desaparecieron completamente, el clero diminuto, y sobre diminuto poco á propósito una parte de su personal, presentan á la Iglesia el porvenir mas triste allí dónde un dia florecieron hombres tan grandes como Las Casas, Dias, Córdoba y Montesinos!



## CAPÍTULO XL

Recapitemos. — ¿Adónde vamos? — Un abismo ya se divisa. — Necesidad de una reaccion religiosa. — La religion pide justicia á los gobiernos. — Esa justicia es su libertad. — La libertad política necesita tambien religion. — Esta libertad es suficiente para aplicar á los males su primer remedio. — Los liberales incrédulos soportan su castigo. — Necesidad del concurso de todos para consolidar el edificio social.

Tiempo es ya de que concluyamos esta reseña en que la imaginacion y la memoria se fatigan y agobian evocando recuerdos sobre manera tristes. Un largo camino hemos seguido, durante él hemos atravesado casi todo un continente, y en este quince repúblicas, uno de los imperios mas extensos de la tierra (1), y esa isla tan célebre por sus riquezas como por haber sido la primera que colmó de gozo al atrevido descubridor del Nuevo Mundo (2); pero encontrando en todas partes unos mismos males. La anarquía, triunfante en algunas, con-

(1) Méjico, Nicaragua, San Salvador, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Nueva Granada, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Confederacion Argentina, Paraguay, Uruguay y el imperio del Brasil.

(2) Haiti ó Santo Domingo.